



FEDERICO SOULIÉ.

En el momento en que se cierra el sepulcro sobre el cuerpo inanimado de un escritor ilustre, hay una hora misteriosa y llena de piadoso recogimiento, en que enmudecen las cien parleras bocas de la crítica. Esa hora, en cuyo transcurso se inclinan las frentes de los hombres pensadores para meditar, marca un tiempo de reposo entre las luchas apasionadas del pasado y el juicio imparcial del porvenir. El escritor no pertenece ya al pasado ni pertenece aun al porvenir. Es la hora de las lágrimas y del sentimiento, la hora en que los amigos se reúnen en la residencia del amigo que ya no existe, y dan libre curso á su dolor. Y cuando han derramado mucho llanto alrededor de aquel hogar apagado ya, cuando han hecho resonar con el eco de sus gemidos aquella casa, vacía ya como un sepulcro antiguo, desierta, muerta también, porque el que la animaba no existe ya, buscan un consuelo en la narración de las buenas acciones, en el recuerdo del buen corazón y de las virtudes domésticas del difunto; porque, ¿quién sería capaz de evaluar los tesoros de amor y de amistad que derraman á su alrededor, en el secreto del hogar doméstico, esos seres privilegiados que hizo Dios buenos como corderos porque fueron fuertes como leones? El poeta desaparece ent once para dejar en su lugar al hombre. Por esto no hablaremos casi nada del autor de los cien volúmenes y de los veinte dramas que el mundo literario ha leído y aplaudido, sino que haremos como los amigos, hablaremos solamente de sus virtudes, y trataremos de referir la historia de ese hombre de bien, de ese grande hombre que se llamaba Federico Soulié.

Nació en Foi, en el departamento del Ariège (Francia). Su padre, que fué ayudante general, y después empleado en Hacienda, le hizo estudiar en Poitiers, en Nantes y en Tolosa. Apenas hubo acabado Federico sus estudios preparatorios cuando su padre fué tachado de bonapartista y destituido, y se trasladó con su hijo á París. «Estudié leyes bastante regularmente» decía Federico en un *auto-biografía* que envió á uno de sus biógrafos, «pero con la turbulencia suficiente para ser expulsado de la universidad. Había firmado peticiones liberales y tomado una parte activa en el alboroto contra el decano, que me hizo conducir, así como á mis camaradas, á la universidad de Rennes, en la que concluimos de estudiar leyes como presidiarios, bajo la vigilancia inmediata de la policía.» Cuando concluyó su carrera se reunió con su padre en Laval y fué empleado en la administración civil, en la que permaneció hasta el año de 1824.

Nada hay hasta aquí que anuncie al escritor, pero se ve ya despuntar el espíritu de independencia que Federico Soulié conservó toda su vida. Por lo demás, la existencia algo nómada debida á la inestabilidad de las funciones de su padre, fué después de mucha utilidad para el novelista, porque habiendo habitado varios puntos estremos de la Francia, pudo variar fácilmente la escena de sus narraciones.

Al salir de la administración en 1824, publicó un tomo de poesías titulado: *Amores franceses*, y este fué el primer paso que dió en la literatura; pero no estaba decidida aun su vocación, porque entró de director en un molino de serrar madera. Sin embargo, no por eso dejaba la literatura. «Siendo fabricante de vigas y tablas, dice, fué cuando escribí *Romeo y Julieta*.»

Esta escursión limitada que hizo en el dominio de la industria, no fué inútil para Federico Soulié. Aprendió á conocer las clases trabajadoras á las que quería por instinto, porque todos sus sentimientos eran buenos. Su simpatía hacia el pueblo se encuentra en casi todas sus obras. En esto estuvo conforme con la mayor parte de los escritores modernos, porque todas las inteligencias elevadas de esta época se inclinan á favorecer al pueblo.

Desde la representación de *Romeo y Julieta* en 1827, que fué muy aplaudida en el Odeon, se dedicó Federico decididamente á la literatura. No le seguiremos en esta carrera harto corta, que cuenta menos años que triunfos. Además la vida del literato es poco fecunda generalmente en episodios dramáticos, porque se gasta entre el trabajo y la meditación. Solo un evento notable interrumpió la tranquilidad de su existencia pacífica, que fué la revolución de 1830. «Tomé parte en ella, dice, y me bati. Estoy condecorado con la cruz de Julio, lo cual no prueba nada, pero en fin me bati.» Esto prueba al menos que Federico Soulié sabía manejar en caso de necesidad la espada tan bien como la pluma.

Todos los que han conocido á Federico Soulié están de acuerdo en pintarle como un hombre de buen carácter, afable en su trato social, y modesto, á pesar de su elevado talento. Su complexión revelaba un temperamento sanguíneo, y su fisonomía enérgica no desmentía el vigor de su imaginación.

En Bievre, todas las personas de la clase baja le querían. Era un padre para ellas. Dispuesto siempre á distribuir socorros, y organizar loterías de beneficencia cuando no bastaban sus fondos propios, tenía

25 DE AGOSTO DE 1850.

el raro privilegio de unir las buenas acciones á los buenos sentimientos. Sus amigos saben cual fué su abnegacion y desinterés con el joven H. L., de quien fué un bienhechor constante. Su muerte prueba su generosidad. Despues de haber ganado cantidades inmensas, sin que se hayan notado nunca en él locas disipaciones, Federico Soulié ha muerto sin bienes de fortuna. Trabajaba sin descanso, y trataba de ganar mucho, porque segun sus deseos nunca podia dar lo suficiente.

Uno de sus amigos mas íntimos nos ha confiado varias anécdotas que prueban que la generosidad literaria de Federico Soulié era tambien escensiva. Permitia á cualquiera que sacara dramas y comedias de sus libros. Harto rico para cortar, dejaba sacar á manos llenas los tesoros de su inteligencia.

Nos han referido una accion, que en el tiempo actual del egoismo hace demasiado honor á Federico Soulié para que dejemos de publicarla. Cuando Alejandro Dumas resolvió consagrarse esclusivamente al teatro Histórico, su retirada dejó un vacío en el teatro del Ambigu. Se trataba de llenar este vacío, y el director de dicho coliseo vacilaba sobre la persona que habia de elegir, pero se presentó Soulié é hizo cesar la indecision del director designándole á Paul Feval á quien Federico no conocia, pero cuyo talento dramático habia comprendido. Para cualquiera que haya estudiado las costumbres literarias en estos tiempos de penuria, el proceder de Soulié en este caso adquiere proporciones colosales que el público no sabria apreciar.

M. Jules Janin escribia en una ocasion con motivo de los funerales de Federico Soulié: «Excelente hombre que no ha sido toda su vida mas que un literato.» Efectivamente, el autor de tantos dramas y novelas hubiera podido mendigar como otros muchos el favor ministerial, pero no era ambicioso ni cortesano. Solo una vez, instigado Soulié por sus amigos, dirigió una pretension á un ministro. Se trataba de un viaje á la Bretaña costeado por el gobierno. Su Excelencia le recibió perfectamente, y enterado del asunto le ofreció seiscientos francos para un viaje del que debía resultar ademas una buena obra.

—«Señor Ministro,» respondió Federico, «cuando necesito seiscientos francos, lo cual me sucede muchas veces, me levanto á las seis de la mañana y trabajo hasta mediodia.»

Federico Soulié ha muerto como sabe todo el mundo, de una enfermedad del corazon, y este debia ser su fin, puesto que habia permanecido bueno, sencillo y cariñoso hasta su último momento, y no supo nunca dominar una emocion. La costumbre del teatro y sus triunfos repetidos no le curaron de su estreñida impresionabilidad. En la primera representacion de su mejor produccion dramática, la *closerie des Genets*, estaba tan conmovido como un autor que pone en escena su primera obra. Sentado entre bastidores, esperaba el fallo del público con una ansiedad extraordinaria, tratando inútilmente de calmar su agitacion violenta con libaciones frecuentes de agua de nieve.

En el año de 1845 fué un director de un periódico á pedirle una de aquellas obras suyas que hacia la fortuna de una publicacion cualquiera. Estaba entonces Federico en el delicioso valle de Bievre, en una mansion apacible que habia hecho construir para él á la orilla del agua y á la inmediacion de un bosque frondoso. Recibió perfectamente al director, y le dijo que aquel trabajo era ya superior á sus fuerzas. «Cuando escribo, me dá calentura,» añadió mostrándole sus manos temblorosas aun de la emocion del trabajo. Parecia prever que la muerte no le dejaria el tiempo suficiente para concluir una obra nueva. Su semblante marchito, en que se veian aun algunos vestigios de una salud que debió haber resistido mucho tiempo á la accion del trabajo, manifestaba una melancolia profunda que no se podia atribuir únicamente al cansancio. Desde lejos el espeso bigote que cubria su labio superior, le daba el aspecto de un militar; desde cerca era un sábio abatido por sufrimientos prolongados, engañado quizás en sus ilusiones mas gratas, y que conservaba en su frente una mezcla indefinible de bondad y misantropia.

Estuvo enfermo mas de dos meses antes de morir; pero presintió al instante que habia llegado su última hora. Entonces pidió fervorosamente al Todopoderoso que le concediera dos años mas de vida, un año siquiera, para bosquejar las ideas que habian germinado últimamente en su imaginacion; pero Dios, en sus inescrutables designios, no accedió á sus ruegos. Federico se resignó á morir, su agonía fué muy lenta pero muy tranquila y serena. Rodeado de amigos cariñosos que le cuidaban con un esmero difícil de describir, dejó á cada uno de ellos algun recuerdo sacado de los objetos que usaba generalmente. Una señora á quien habia dado una sortija, quiso ponerla en uno de sus dedos diciéndole que la volvería á cojer mas tarde, despues que muriera. «Mas tarde!...» dijo el moribundo. «Oh! no señora, no se toma nunca una joya de encima de un cadáver, eso acarrea desgracias.» En sus últimos momentos cuando ya se iban embrollando sus ideas empezó á hablar en verso á los que le rodeaban! Versos sublimes,

últimos destellos de un genio fértil de conceptos admirables!

Dejó de existir á los 46 años. Su cadáver fué acompañado á la Iglesia de Sta. Isabel del Templo por una multitud de personas; la iglesia estaba colmada de gente, las ventanas y balcones de las calles por donde pasó para dirigirse al cementerio del Pere-Lachaise estaban llenos de espectadores, y al llegar al cementerio se halló invadido ya por una multitud de personas. Parecia que todos los que habian leído sus obras y aplaudido sus dramas se habian citado allí para tributarle el último homenaje de respecto y admiracion. Al depositar el ataúd en el fondo de la huesa, un caballero, vestido de negro, de porte grave y magestuoso se separó de la multitud y subió á una pequeña eminencia desde la cual dominaba á la concurrencia: era Victor Hugo. Al ver al poeta eminente, cuyo pálido semblante revelaba su inmenso dolor, reinó un silencio profundo, en medio del cual pronunció un sentido discurso, sucediéndole despues el Baron Taylor, M. Antonio Berard, Adolfo Dumas, Pablo Lacroix y Belmontet.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

La estincion de la monarquía austriaca con la muerte de Carlos II, fué para España como una bendicion del cielo. Dominada la reina regente, viuda de Felipe IV, de ambiciosos favoritos, que mas que en el pueblo español pensaban en engrandecerse, habia sido mayor la culpa de aquella lastimosa decadencia en que sumieron con el reinado de su hijo las artes liberales. A no tener en nuestro apoyo la historia, imposible nos parecería que la viuda de Felipe IV, de aquel rey poeta y artista, hubiera espedido un decreto cerrando los teatros de la corte hasta que su hijo llegase á mayor de edad. La musa castellana enmudeció, pues, para despertarse al estruendo de las guerras de sucesion. Prolongárase mas el reinado de Carlos, y se hubiera perdido hasta la semilla de los laureles de Calderon y Lope.

Cuando los pueblos caen en uno de esos tristes paroxismos que se llaman interregnos, regencias, ó guerras civiles, puestas sus mientes en su interés personal ó en su patriotismo, desdennan de todo cuanto no les adula en estos sentimientos. Es casi probado que siempre suceden á tan tristes periodos épocas de noble agitacion y renacimiento, épocas en que como el fenix, se levantan de sus cenizas brillantes y deslumbradoras. Las aspiraciones elevadas ocupan el puesto del gastado egoismo, la juventud reemplaza á la vejez, la vida reemplaza á la muerte. Transiciones lógicas en el orden moral como en el fisico, en los hombres como en los pueblos. Siempre queda en el árbol carcomido que fué grande y frondoso, algun resto de savia que brote lozanos retoños. A Dios toca el fecundizar esta savia con su rocío.

Felipe V fué para nuestro pais este rocío vivificador. Su benéfico influjo desarrolló de una manera prodigiosa el genio español hasta entonces ahogado por la imbecilidad de los dos anteriores gobiernos. Faltáranle al primer Borbon para su justa fama otras recomendaciones, y diéraselas la copia de los hombres célebres que florecieron bajo su mando. Prueba de que sus ojos protectores alcanzaban á todas partes, es que todos los ramos del saber humano tuvieron quien dignamente los representara.—Luzan introdujo la filosofia en la literatura con su *poética* imitada y en puntos traducida de Aristóteles; —Feijoo, satirizando los vicios de la administracion y los de las costumbres, dió el primer golpe mortal á las absurdas preocupaciones de la época; —Don Jorge Juan mereciendo por sus escritos el honor de *académico de las Ciencias* de Paris, destruyó en el extranjero la opinion de que apenas conociamos las fisicas ni las naturales; —Zamora, Canizares y Martí, dean de Alicante, mantuvieron, aunque á duras penas el lustre de nuestro celebrísimo teatro (1); —el padre Rodriguez, satirizando las escuelas médicas, dió un notable impulso á la medicina; —Macanaz, profundo político, sábio economista, escritor inteligente, regeneró la administracion del reino; —y otros muchos, menos notables, que seria prolijidad enumerarlos.

Con ellos ha pasado á la posteridad, aunque sin razon tenido solamente como *aura mediocritas*, el poeta satirico Eugenio Gerardo Lobo, entre sus contemporáneos el *capitan coplero*.

Al empezar á ocuparnos en él nos ocurre la idea de que presintió la injusticia de su siglo, y aun de los futuros, cuando dijo:

Yo, aquel capitan Gerardo,
de cuya infeliz historia

(1) Aunque este escritor es muy poco conocido como poeta dramático, compuso algunas comedias de mérito. Las que han llegado á nuestra noticia son: *Amar y no amar á un tiempo*.—*¿Qué mas inferno que amor?*—*Tener de sí mismo celos*.—*Ulises y Penélope*.—En verso escribió ademas una silva, imitacion de Góngora, titulada *La Soledad*.

no tendrá el mundo memoria,
aunque lea el Anacardo...

En efecto, apenas hemos encontrado memoria de él, y nuestros artículos, mas que biografía serán juicio critico de sus obras. A pesar de lo interesante que es para nuestra literatura todo lo concerniente á su época, tan cercana como desconocida, sentimos esta contrariedad, porque su vida debió de ser por demas aventurera, y agradaría con mas estremo á nuestros lectores.

Habia pasado ya el tiempo de Garcilaso y de Ercilla, que escribían tomando ora la espada, ora la pluma.

La literatura fria y descolorida de los frailes habia vuelto á sustituir á la de los cortesanos y á la de los héroes. Para la nacion del padre Froilan Diaz eran grande cosa los cánticos rimados. El recuerdo de Quevedo estremecía. El de Villamediana, que en sus versos dejaba traslucir la alteza de su amor, ponía en trance de temblar. Entonces nació en Toledo (1), de padres tan honrados como poco ricos, Eugenio Gerardo Lobo,

el soldado mas cabal,

(1) Aquí debemos hacer mencion de una prueba mas que hemos adquirido de la ligereza con que se ocupan los extranjeros en cuanto nos atañe. Desesperados de encontrar en escritos españoles datos históricos de la vida de nuestro poeta, recurrimos, aunque con pesar, á la *Biographie universelle, ancienne et moderne*, obra tenida por excelente; y en ella, entre otras curiosidades prolijas, dícese de Gerardo: que nació en un pueblo de Castilla la Vieja en el reinado de Felipe III ó Felipe IV; que estudió en la universidad de Alcalá de Henares; que Felipe IV, rey que andaba á caza de poetas con un candil, topole, como habia topado con Calderon, Rufo de Molina y D. Juan de la Noz; que desde entonces fué grande amigo del rey, con lo que se familiarizó tanto con las musas, que improvisó comedias en el Buen Retiro, y hablaba siempre en verso, no acertando algunos dias ni aun á saludar en prosa tan siquiera; y que murió por los años de 1668. (T. XXIV, Paris, 1829.) Esta relacion no es del todo inexacta, si exceptuamos lo del nacer en Castilla la Vieja, pues nació en Toledo, como lo reza la esplicacion del titulo de *El triunfo de las mugeres*, loa sagrada que compuso en aquella ciudad cuando solamente contaba catorce años; y como se deduce bien á las claras de muchos versos suyos, y en particular de aquella carta en que dice al tesorerero del rey, pidiéndole socorros pecuniarios:

En Toledo mi caracter
En casa de un mercader
Importará un par de guantes.

O pruébenlo estos otros:

Del Tajo en las arenas
Piadosísima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero.

No es inexacta esa relacion, si exceptuamos lo de la fecha, pues no tan solo no alcanzó á Felipe III, sino que ni á Felipe IV tampoco, y apenas á Carlos II, porque era ya capitán en las guerras de sucesion, y estuvo en los sitios de Lérida y Montemayor, y en la conquista de Orán, acciones que cantó en sus versos, y fué á Italia con Felipe V, como lo prueban varios sonetos italianos, su composicion *A la prodigiosa incorruptibilidad del cuerpo de Santa Catalina de Bolonia*, aquella en que cantó las maravillas de la iglesia de la Rotunda de Roma, su correspondencia con poetas italianos, entre ellos el celebre Maffei, y la carta que escribió desde Bolonia al Bmo. P. M. F. N. á fecha 20 de mayo de 1745. Aparte de esto, no es inexacta la relacion de la *Biographie universelle*, si se exceptúa lo de la amistad con Felipe IV, pues mediaba medio siglo entre los dos; pero á bien que esto es disimulable en libro que nos regula al lado de Calderon dos poetas hasta hoy desconocidos (Rufo de Molina y D. Juan de la Noz), aunque nos acibara este gozo el pensar que la ocasion de la dádiva quizás ha sido el tergiversar por ignorancia los nombres de dos poetas castellanos. Tras estas exactitudes viene la del año de su muerte, pues claró está que toda la manía transpirenca no podría conseguir que un hombre muerto en España en 1668, escribiera en Italia una carta en 1745, y peleara con los austriacos después de muerto como el Cid.

Ahora bien, hablando Gerardo Lobo en sus obras de Felipe V, de Luis XIV, de Staremberg, de Gallovay, de otros personajes ilustres de aquel tiempo; habiendo dedicado una al malogrado Luis I, ¿en dónde han bebido sus noticias biográficas los autores de la *Biografía universal antigua y moderna*?

Y puesto que en esta refutacion hemos dado nosotros algunas, justo es que las completemos en lo posible, aunque crezca esta nota demasiado, pues por su escasez las noticias que nos restan no merecen otro lugar.

Como á la mitad de su vida hallábase Gerardo Lobo, cuando hubo de enemistarse con Felipe V por estos versos afrancesados, que tomó el rey por satírica alusion á los de su país, y por los cuales le llamó con desdeñado capitan coplero.

Dos cochinos al entrar
Me dieron la enhorabuena,
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

(Alcalá Galiano, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII*.)

Era Gerardo por aquel entonces, coronel, capitán del regimiento de guardias españolas de infantería, y sin duda por el enojo que excitara en el discípulo de Fenelon, vióse postergado en su carrera, pues por la carta de Bolonia que citamos, se vé que aun no era mariscal de campo, «cuando lo han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchísimos en el ejército, no solo mas modernos en el grado, pero sin comparacion en los antecedentes empleos.» Después, al volver á España en el navio *S. Isidro*, sufrió una gran borrasca que le puso en trance de ser pasto de peces, con todos sus sonéticos garrafales, como dice graciosamente. Habia muerto ya Felipe V, y

y el ingenio mas valiente, (1)

que muy pronto habia de ser gran paladin de la musa satírica, rival del autor de las *Zahurdas*, y mantenedor dignísimo de las glorias poético-militares de España.

Apenas se comprende como entonces habia quien se atreviese á mirar las cosas sino por el lado que indicaba el rey despues de la inquisicion. Bien, que á decir verdad, la sátira á la sazón iba mas en mantillas que en los tiempos de Quevedo; porque de todos los géneros de literatura es este el que mas necesita de omnimoda libertad é independencia. Así vemos á los poetas que lo cultivaron en tiempos de reyes absolutos, buscar los ridiculos en su misma esfera social, para no herir susceptibilidades, atacar á las personas, no á las instituciones, únicas cuyos vicios pueden ser trascendentales, y son menos dignos de disculpa; y revolve en fin en un círculo mezquino, mortal para su talento, y para el público comunmente enojoso; porque, como hemos dicho en otra parte: «sátira que no tenga su poco de sainete político ha de ser insulsa de por fuerza, y se caerá de las manos.»



Eugenio Gerardo Lobo.

Al volver Gerardo Lobo á España despues de la muerte de Felipe V, á mediados del siglo XVIII, encontró la literatura de nuestro país dividida entre el afrancesamiento importado por el nieto de Luis XIV, y el *culteranismo*, que por su índole de todo punto meridional, tardará mucho en desarraigarse de la poesia española. El teatro, que es la expresion mas completa, mas filosófica de la literatura, y que la resume por decirlo así, hallábase bajo la dominacion de Cañizares y Zamora, talentos medianos que habian tenido que pedir prestado á Moliere y á otros autores franceses la mayor parte de sus triunfos. Luzan, amalgamando en su *Poética* las doctrinas de Aristóteles con las que habia emitido en Francia el padre Lebossu en su *Ensayo sobre el Poema Epico*, todas las cuales predominaban en aquel país sostenidas por Boileau Despreux, iba logrando que entrase nuestro irregular genio poético por un carril semi-clásico. Las costumbres se resentían de esta misma vacilacion. Reemplazada la corte jesuitica

subido á su trono Fernando VI, que olvidado de los enojos de su padre, ó agradecido de nuevos servicios de Gerardo, le ascendió hasta Teniente General con habito de Santiago, y con el mando de Barcelona, donde tuvo desgraciado fin, cayendo de su caballo, por los años de 1756 ó 57, segun la coleccion de sus obras de 1758, donde algunas se incluyen como póstumas.

Su vida, antes de la época en que nosotros la describimos brevemente, está puntada por él en este soneto, uno de los pocos medianos que entre ciento treinta escribió:

De dos lustros y medio no cabales,
Yo del monte Parnaso en los vergeles,
Me sentaba entre murtas y laureles
A mondar sonéticos garrafales;
Y chupando los jugos principales,
Mis pueriles numéricos papeles
Como gozques, sonando cascabeles,
Por tertulias corrían magistrales.
La mitología me prestó candiles,
Y no pocos la lógica faroles
Para entrar en empresas juveniles;
Pero haciendo en mi mente caracoles,
A la escuela pasé de los fusiles,
Donde estubo en sufrir riesgos y roles.

(1) El marqués de la Olmeda: poesia en elogio de Gerardo.

de Carlos II por la corte francesa de Felipe V, caballerescas y pretensiosas de sabia, fácil hubiera sido hacer surgir la civilización de estos elementos, y lograrlo aquel monarca de claro talento y protector de las artes, á gozar de mas tranquilo reinado y de mas perfecta salud.

Tan desdeñosa mostróse aquella época de su poeta satírico, que no podemos señalar seguramente cuales de las obras de Gerardo Lobo fueron las primeras. Entonces, que se escribía la vida de todo el mundo, y de los indigestos comentadores de Góngora en particular, nadie se tomó el trabajo de escribir la de nuestro capitán. Ni él tampoco se cuidó de poner en sus obras el prólogo correspondiente; sin duda las tenía en menosprecio, porque hubo razón para que lo hiciera, segun se deduce de este soneto con el cual se las remitió á un su amigo, y que es sin disputa como el que ya hemos citado, uno de los mejores que escribió, á pesar de lo oscuro del último terceto, y de las fallas gramaticales que cometió colocando el verbo de la primera oración tan lejano de sus agentes, y poniendo la disyuntiva ó en vez de la conjunción negativa *ni* en el sexto verso:

Esas que el ocio me dictó algun día

Con leve aplicacion, rimas sonoras,
No en las rosadas ó purpúreas horas
Como el Horacio cordovés (1) decia;

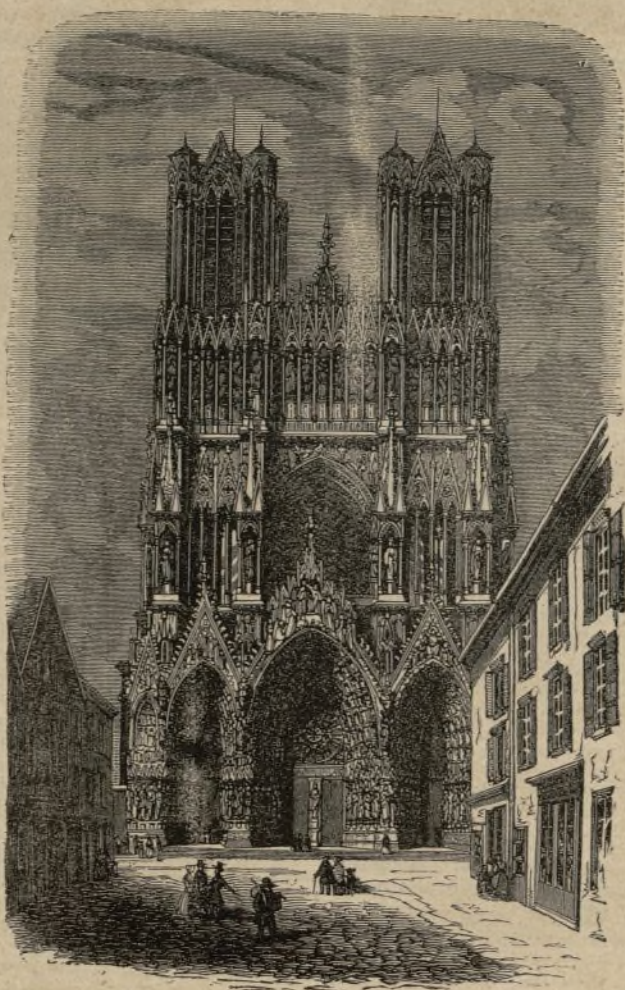
Sino en aquellas en que yo podia
Sin cuidados de tardes, ó de auroras,
Dedicar á las musas, mis señoras,
Un pedazo de vana fantasía;

Te remito en los propios borradores
De la pluma fugaz, porque se vea
Cuales son en su fuente mis errores,

Ya que á conceptos de mayor idea
El capricho de varios impresores
Al público sacó con mil librea.

(Continuará).

VICENTE BARRANTES.



(La catedral de Reims.)

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

Matilde residia en Madrid cuando fué su madre por su padre asesinada; Matilde supo, como la corte entera, la fatal nueva á las po-

cas horas de acaecida; y Matilde que no podia concurrir á sociedad alguna donde no le instruyesen punto por punto de los trámites de la causa criminal que contra el autor de sus días se estaba instruyendo, permaneció, sin embargo, impávidamente indiferente al trágico suceso, tomando parte en las conversaciones que sobre él de continuo se suscitaban en su presencia, como si los actores del funesto drama le fuesen completamente desconocidos. En vano el honrado Mendoza, cediendo á los piadosos naturales sentimientos de su co-

(1) Góngora.

razon sobrado tierno, quiso un momento mostrarse parte para dulcificar en lo posible la suerte de Vargas: la dignísima hija de Milagros supo convencerle de que sería sacrificar inútilmente su posición en el mundo, pues que don Fadrique no podía escapar de la horca, á cuyo suplicio le sentenció, en efecto, la Sala de Alcaldes á los quince días de haber perpetrado el crimen.

Una circunstancia, que para cualquier preso á la pena capital no sentenciado fuera gran desdicha, alargó los días del ex-Oidor: al notificarle la sentencia para ponerle en capilla, el alcalde que lo verificaba, por ausencia ó indisposición del que su proceso había instruido, reconoció en el reo al que bajo el nombre supuesto de don Juan de Retama estuvo preso años atrás por tibur, y después de libre apareció complicado en cierta conjuración contra la vida del Rey, sobre la cual obraba en los tribunales un proceso tan voluminoso como importante. Concluida, pues su comisión y puesto el reo en capilla, porque eso no estaba en su mano dejar de hacerlo, dió cuenta á la Sala de su descubrimiento; la Sala al Rey, y el monarca mandó suspender la ejecución de la sentencia, hasta que se terminasen los procedimientos en la causa de Estado contra Vargas incoada. ¿Por qué (se nos preguntará) puesto que en ningún caso podía la pena esceder de la de muerte? ¿No era mas sencillo dejar que se le ahorcase desde luego? Mas sencillo, respondemos, sin duda alguna; pero el reo podía, en la esperanza de salvar su vida, hacer importantes revelaciones que comprometiesen á unos cuantos desdichados, no ya vulgares criminales, sino honrados conspiradores, cuya pública ejecución sirviera de saludable escarmiento á los liberales y de entretener el fuego sacro en el corazón de los buenos realistas. Don Fadrique, pues, salió de manos de la filantrópica asociación de la *Paz y Caridad* y de las de un confesor, para volver al dominio de jueces y carceleros. Con la misma estoica resignación, ó mejor dicho, empedernida indiferencia con que se dejó conducir á la capilla, salió de ella á las veinticuatro horas; y mas diremos, si en el primer momento el instinto de la propia conservación le hizo alegrarse, á poco casi tuvo pena de que se le alejara del fin de una vida para él insostenible, desde que iluminando su espíritu la antorcha de la desgracia, se había visto á sí mismo en toda la plenitud de la infamia que le manchaba.

Como quiera que sea, al primer interrogatorio que se le hizo después de la suspensión de su sentencia, comprendiendo de lo que se trataba, mostró ser otro hombre enteramente distinto del que fué durante el proceso del asesino. Entonces brutalmente franco, ahora sutil y cauto como buen juriconsulto, primero inspiró desprecio á sus jueces, después acabó por imponerles respeto. Sin contradecirse jamás, aparentando una franqueza sin límites, pintando sin embargo los hechos como á su propósito convenia, y no comprometiendo sino á los muertos ó á los ya emigrados, supo dar á la causa colosales proporciones, y á su persona interés é importancia; los alcaldes decían que sería lástima tener que ahorcar á hombre tan hábil; y eso que siempre ignoraron su verdadero nombre.

¿Háse olvidado el lector de que le quedaba á Vargas, además de la bastarda Matilde, otra hija legítima en Morón casada?

Don Fadrique se acordó de ella en la soledad y miseria de su calabozo, y como á sus años las penalidades de una cárcel son difícilmente soportables, quiso probar fortuna, rogando á Inés que le amparase.

¿Por qué no acudió á la mujer de Mendoza que residía en la Corte, y que había sido la hija de su predilección? Porque Vargas conocía sobradamente el fruto de sus criminales amores con Milagros para esperar de ella nada bueno; y, por el contrario, presumía, y no se engañó, que la hermana de Laura había de ser á sus desdichas sensible.

Inés, en efecto, apenas recibida la carta en que su padre le pintaba la situación calamitosa en que se encontraba, voló á la corte en compañía de su excelente esposo; obtuvo á fuerza de ruegos y sacrificios pecuniarios que se mejorase su situación material en la cárcel; y constituyóse casi en su compañera de prisión, cual si nunca de su lado se apartase, cual si don Fadrique hubiera para ella sido el mas tierno de los padres. — «Es criminal sin duda, muy criminal, decían los dignos esposos, pero si á los Alcaldes loca juzgarle, á nosotros solo compadecer su desdicha, tratar de aliviarla; porque es padre al cabo, y bueno ó malo, nosotros somos sus hijos.»

Sublime cuanto sencilla espresión de una pura evangélica moral que no hemos querido omitir, siquiera para darle un rayo de luz celeste al sombrío cuadro que no es forzoso ir bosquejando.

La presencia y compañía de su hija y yerno, la simple y candorosa piedad filial de Inés, y la filosófica cristiana cordura del oidor su marido, acabaron la obra que la soledad había comenzado: penetró, en fin, el arrepentimiento humilde, sincero y confiado en la misericordia divina, en el alma de don Fadrique, y como en ella nada era posible á medias, la revolución fué instantánea y completa.

Advirtiéronla primero que nadie sus jueces, al ver que cesaba

en sus tergiversaciones, y que declarando con firmeza su propósito de no comprometer á persona alguna, precipitaba él mismo el desenlace de la tragedia.

Vista su causa política, fué por segunda vez condenado á muerte en horca, con las horribles circunstancias agravantes, entonces aun en uso, de ser hasta el suplicio arrastrado, y luego por mano del verdugo descuartizado. — No cedió á Vargas tal sentencia de sorpresa, antes la tenía muy de antemano prevista, tan prevista que el día vispera de pronunciarse, después de una larga y secreta conferencia á solas con su yerno, de la cual salió este con lágrimas en los ojos y demudado el semblante, escribió, ó mas bien terminó, una verídica aunque sucinta relación de los sucesos de su vida, que cerrada y sellada, puso en manos de Inés, pidiéndola al mismo tiempo que en nombre de su santa madre la camarista, y de su infeliz hermana Laura, le absolviése de sus crímenes y extravíos como esposo y como padre. Jamás fué calabozo alguno teatro de tan tierno espectáculo: don Fadrique de rodillas á los pies de su hija, imploraba el perdón de sus culpas; Inés en lágrimas desecha, la voz interceptada por los sollozos, y partiéndosele el corazón, respondiale impetrando la intercesión de su madre y hermana, para con el Dios de las misericordias en favor de su infelice padre; y el oidor, no menos conmovido aunque procurando dominarse, contemplaba aquel cuadro, bendiciendo á la providencia que al depositar en el corazón del hombre el germen del arrepentimiento, le ha dado el medio de purificarle hasta de los crímenes mas atroces.

A la siguiente mañana el carcelero atónito halló á don Fadrique de Vargas cadáver en su propia cama. Durante la noche, por medio del fuego de carbon encendido en un anafe que para calentar la comida tenía en el calabozo, habíase asfixiado, mas que por sustraer su persona al suplicio, para libertar á su hija de tal infamia. — El marido de Inés, echándose á los pies del Rey, consiguió que la sentencia no se ejecutase tampoco en el cadáver como la ley lo mandaba.

Tal fué el deplorable fin de la estragada vida de don Fadrique; tales las consecuencias de la falsa dirección dada en sus primeros años á aquel espíritu ardiente á par que inflexible.

XVIII y último.

Necesitamos en este artículo ser concisos sin perjuicio de la claridad, porque terminados los sucesos de mayor interés de este cuadro, si es que alguno hemos sabido darle, tiene el lector derecho á que abreviemos, pero al mismo tiempo no nos es lícito tampoco dejar, como vulgarmente se dice, ningún cabo suelto.

Procedamos con orden lógico. Poco tiempo después del suicidio de don Fadrique, consiguió Matilde, por medio del Fraile consabido, primero: que Mendoza fuese destinado al mismo regimiento que Sotopardo; y segundo que á don Pedro de Almazan, entonces Comandante en la isla de Cuba se le nombrase Teniente Coronel del mismo cuerpo. Si plan era ó conquistar á don Carlos, en cuyo caso no le parecía difícil deshacerse de Almazan, ó si no lograba aquel objeto, perder un día ú otro á Sotopardo por medio del último su enemigo y gefe.

Cuando tan hábil combinación llevaba algunos meses de realizada en su primera parte, esto es, en la reunión en un mismo regimiento de Mendoza, Sotopardo y Almazan, verificóse la salida de la casa de Pages, y destinó á aquel cuerpo de don Alfonso Tellez, y casi simultáneamente perdía Inés á su excelente anciano esposo.

Sabemos ya las aventuras del Capitan page en Granada, en las cuales hay solo un misterio que explicar, á saber: el encuentro de Alfonso con Sotopardo en la calle de Matilde, la noche vispera del desafío que entre aquellos dos capitanes debía verificarse, y la presencia de la mujer de Mendoza en su balcón.

Supuestos los antecedentes que ya el lector conoce, nada mas fácil que enterarle de aquel suceso.

Todos los esfuerzos de Matilde para conquistar á don Carlos habían sido vanos hasta entonces: el corazón del amante de Laura por una parte, se había para siempre al amor cerrado; y por otra aun cuando así no fuese, jamás hubiera puesto Sotopardo los ojos en una mujer cuya villana condición conocia, y que á mayor abundamiento era en su concepto y, á no dudarlo, la que el puñal clavara en el pecho de su inolvidable condesa.

Casi convencida de la inutilidad de sus cínicos avances y hábiles maniobras, preparábase la hija de Milagros á entablar su plan de venganza provocando un acto de insubordinación de su ingrato contra el apaleado teniente coronel; lo que una vez logrado, que no parecía difícil, el rigor solo de las leyes militares dejaría satisfecho su odio implacable: mas llegó don Alfonso á Granada, joven, casi niño, buena figura, rico, galán simpático, y la lubricidad de Matilde por

una parte, y su incurable manía de triunfar del *invencible* por otra, la indujeron á variar por el momento de pensamiento.

Entonces fué cuando cautivó al inesperto jóven por dar celos á su ingrato, y entonces cuando don Carlos de regreso de su expedición, ideada por el veterano Coronel para apartarle por algun tiempo del cuerpo que su presencia agitaba, hallando que se renovaba la antigua conjuración contra su fama urdida, y sintiendo, sobre todo, la ruina que preveía de don Alfonso, resolvió poner término á las tramas de sus enemigos.

Era excelente el corazón de don Carlos, á pesar de su misantropía; miraba en Alfonso reproducidos el candor y las poéticas ilusiones de los primeros años de su propia vida, adivinó además en él un alma noble y generosa; resultando de todo que le cobrase singular y por el momento muy mal pagado afecto. Indignéle, pues, ver á aquel jóven arrojarle desatinado, como la deslumbrada crisálida al fuego, en las redes de la pérdida Matilde; y al propio tiempo alligóle profundamente, acaso por vez primera de su vida, considerarla la mala fama que le abrumaba.

Poca ó ninguna importancia tenía á sus ojos la opinión de las gentes ya por el mundo corrompidas; quizá se envenecía con su mal querer; pero Alfonso era tan caballero, tan bueno, tan leal, y mucho mas capaz, infinitamente mas poético, que su excelente amigo Betanzos, el cual, habiendo heredado á cierto cura su tío materno, retiróse del servicio y vivía feliz tranquilo y casado en una ignorada aldea.

No quiso, por tanto, Sotopardo consentir la ruina de Alfonso, ni resignarse á que aquel le odiara; y venciendo, en gracia de fin tan santo como evitar uno y otro escollo, su repugnancia á tener con la mujer de Mendoza relacion alguna, buscóla en una tertulia, y dijo-le: «Tengo que hablar á V., señora, de negocios importantes; mañana está Mendoza de guardia; por la noche tendré el honor de ir á ponerme á los pies de V.»

La fórmula era brusca, dura, insolente tal vez: cualquiera otra señora viera en ella un insulto: Matilde misma, si cualquier otro hombre osara hablarla así, le hiciera sentir sin contemplaciones su torpeza: pero Sotopardo lo podía todo con Matilde: Matilde no concebía siquiera como rechazar á Sotopardo.

Nuestro don Carlos era el azote de Dios, sobre aquella mujer impía, sin corazón y sin conciencia; y el amor que ella le tenía, como preludio del fuego del averno que como legítima presa la reclamaba.

Calló pues, la mujer de Mendoza, calló mirando á Sotopardo con una espresion indefinible de asombro, temor, deseo, y provocacion; y él, sin dignarse mirarla, volvió la espalda, dió una vuelta por la sala y retiróse á su casa.

¿Cual era el plan de don Carlos?—Muy sencillo; declarar á Matilde que solo por respeto á la última voluntad de la desdichada Laura se habia hasta entonces abstenido de tomar justa y terrible venganza, no ya de los propios agravios, sino del asesinato de aquella. Prometerla absoluta impunidad en lo sucesivo, con solas dos condiciones: la primera renunciar para siempre á Alfonso, desahuciándole al siguiente dia; la segunda, no volver nunca á pronunciar su nombre (el de Sotopardo), ni á calumniarle como de continuo lo hacia.

Si Matilde se prestaba á tan razonables como moderadas exigencias, nada le quedaba que hacer á Sotopardo; pero si rehusaba las condiciones propuestas, ó aceptándolas de mala fé las quebrantaba, iba resuelto á notificarle á aquella incorregible mujer, y lo que es mas, á llevar á cabo su resolución, que se proponia revelar á la sociedad granadina, por entonces, y mas tarde á toda España, la negra historia de la vida de Milagros y de su bastarda hija, sin omitir ni atenuar ninguno de sus horribles y hediondos pormenores, ó lo que es lo mismo á lanzarla ignominiosamente del círculo de la gente honrada ó cuando menos decente.

No es facil calcular cual hubiera sido el efecto que produjera en Matilde tan fulminante *ultimatum*: lo único que á conjeturar nos atrevemos, es que primero habria ensayado la seducción, y siéndole inútil, llamara en su auxilio la hipocresía, prometiéndole todo, con ánimo, no solo de no cumplir nada, sino de vengarse ferozmente del nuevo insulto hecho á su belleza y encantos.

En todo caso ya sabemos que el febril aturdimiento de don Alfonso dió por el pie á las combinaciones de uno y otro, y que precipitando la catástrofe, separó á los actores de aquel drama. Sotopardo fué desterrado á Canarias; confinado Tellez á Ronda, donde conoció á finés ya viuda; promovido Almazan á coronel, y nombrado oficial de la secretaria de la Guerra; y Mendoza, finalmente, con el ascenso á comandante, empleado en la Inspeccion general de su arma. Milagros todos de la intrigante Matilde, por medio del Fraile de marras y de otros protectores que en la corte tenia.

También ella fué la que logró que á don Alfonso se le alzase el destierro y se le permitiese ir á la corte, sin mas objeto que el de

hacer de él su segundo ó tercer amante, como lo hizo, en efecto, según nos lo ha contado el capitán page mismo.

Tal era la situación de cosas y personas en el momento en que, interrumpida la narracion de Tellez al finalizar el IV artículo de estos Estudios, comenzó don Antonio, nuestro huésped, con el V, la historia, ya melancólicamente terminada en el anterior, de don Fadrique de Vargas.

En tanto que Alfonso aprisionado en las redes de Matilde, como Reinaldo en los jardines de Armida, olvida, voluptuosamente adormecido por la perversa hechicera, que no debía al cielo el talento, la elevacion de sentimientos, y el instinto de las generosas acciones, para dejar que tales dotes se malograsen en estéril ociosidad, si en la sima de los vicios no se corrompian; Sotopardo en las *islas afortunadas*, meditando honda, aunque dolorosamente, en las vicisitudes de su vida, sentía á un tiempo que no habian tenido poca parte en ellas sus propios errores, extravíos y hasta culpas, y por otra que era de su obligacion reparar el tiempo hasta entonces mal gastado.

—*Convicción, resolución y ejecucion*, son tres cosas separadas entre sí para la mayor parte de los hombres por distancias casi siempre considerables, muchas veces infinitas: mas para don Carlos ideas conjuntas, actos inseparables. Ocupóle, pues, exclusivamente la indagacion de los medios necesarios para llevar su plan á cabo; y una vez escogitados aquellos la manera de ponerlos por obra.

Hasta entonces Sotopardo, como un bajel sin rumbo, habiase dejado arrastrar por las corrientes de la vida no oponiéndoles mas resistencia que la inercia de su específica gravedad, fuera de los casos contadísimos de animalie pasión violenta. Almazan cobarde, mal oficial, apaleado además, era ya coronel; Mendoza, aunque punzonoso, inútil, comandante; y don Carlos, que en campaña ascendió rápidamente de alférez á capitán, se encontraba aun en la misma graduacion al cabo de muchos años de servicio. Arrestado en Madrid una vez, otra en el castillo de *Sancti Petri*, separado luego del servicio activo, en fin, deportado á ultramar, no habia dado ni un solo paso para rehabilitarse. ¿Originaba tal fenómeno su posicion social? ¿Carecia de relaciones importantes? Ni lo uno, ni lo otro: su cuna fué noble, su padre General, sus rentas eran considerables, sus relaciones de parentesco importantes, las que de los antiguos amigos del autor de sus dias pudiera cultivar útilmente, altas y numerosas. ¿Por qué, pues, dejarse así maltratar impunemente por la fortuna?—Por efecto de la estravagante exageracion de un sentimiento en la esencia honrada y bueno.—Aquella alma generosa odiaba la intriga, y parecíale intriga todo lo que no fuese dejarse juzgar por sus hechos, olvidando que aun estos, siendo buenos, necesitan en la vida comentarios para ser conocidos, defensa para ser apreciados. ¿Cuánto mas cuando, como los de don Carlos y los de la mayor parte de los hombres, aparecian muchas veces de por sí con los colores del vicio, y habia personas á ennegrecerlos pertinazmente consagradas!

Tales reflexiones hizo Sotopardo en Canarias, y como era para él llegada la época de la vida en que la razon comienza á sobreponerse á las pasiones y hasta á las ilusiones, no fueron estériles. Ordenó en consecuencia y puso por escrito una relacion, comentada, de los sucesos de su vida, en cuanto con su carrera se enlazan; y con cartas respetuosas á par que dignas y enérgicas, remitió copias al Capitán General que era de Sevilla en la época de sus amores con Laura, y al que tenia á su cargo el gobierno de la Plaza de Madrid cuando conoció á Matilde. El último habia sido intimo amigo de su difunto padre; el segundo le habia mostrado simpática indulgencia en Sevilla; y ambos se hallaban entonces en la corte terminando su carrera en el supremo Consejo de la Guerra. Sotopardo obtuvo de aquel paso todo el fruto que se prometia y quizá mas: los dos Generales, examinando el negocio imparcial y severamente, le aconsejaron que acudiese al Rey con una reverente esposicion en súplica de que el supremo consejo examinase su conducta y propusiera en consecuencia á S. M. lo que tuviese por oportuno. Hizo don Carlos lo que se le aconsejaba, y Fernando VII, recordando al instante con su envidiable singular memoria, lo ocurrido en ocasion del desafío que costó la vida al marqués de Motril, concedió lo que se solicitaba. Una vez el asunto sometido al Consejo, los dos Generales protectores de nuestro protagonista sirvieronle eficazmente: aquel tribunal, despues de tomar muchos informes reservados, pesándolos en la balanza de su equidad, halló que Sotopardo era solo culpable de aturdimientos y acaso de algunos extravíos, excusables todos en sus pocos años, y que por severamente que juzgarse quisieran, estaban ya mas que duramente castigados con los disgustos, arrestos y destierros que sufridos llevaba. En cambio su hoja de servicios era brillante, su valor notorio, su capacidad escepcional, su celo é inteligencia en las filas recomendadas por cuantos gefes á sus órdenes le habian tenido, á escepcion de Almazan. Por tanto consultó al Rey el Consejo que se levantase á don Carlos el destierro, y que se le promoviese al empleo inmedia-

to, no solo por vía de remuneración de sus pasados servicios, sino como señal inequívoca de que S. M. consideraba que ninguno de los castigos y persecuciones hasta entonces por aquel oficial padecidos, debía de servirle de mala nota ó perjuicio en su carrera.

Conformándose el Rey con lo propuesto por el consejo, Sotopardo recibió á un tiempo, copia de la consulta de aquel supremo tribunal, su real despacho de comandante de escuadron, y una licencia para pasar á Madrid á besar la real mano.

Almazan, como oficial de la secretaría de la guerra, tuvo noticia de tal resolución antes que el interesado mismo; mas no solo carecia de medios de oponerse á ella, sino que, no bastándole todo el favor de que gozaba para luchar con el Consejo, recibió en fin una pequeña parte de su merecido. En efecto, en el expediente de Sotopardo, su antiguo capitán y después sucesivamente comandante y teniente coronel, forzosamente hubo de figurar, y de figurar como sus hechos lo exigían: en malísima luz.

Su cobardía, sus intrigas, la paliza en Sevilla recibida, sin que apareciese ni rastro de que intentara obtener reparación de tal insulto al encontrarse con su ofensor en Granada, eran hechos que examinados por jueces imparciales, no podían menos de provocar un fallo severo. Mas interponiéndose el Ministro su jefe, á quien con serviles adulaciones tenía la voluntad ganada, limitóse el castigo á jubilarle como oficial de secretaría, aunque sin carácter alguno militar, ni el de retirado siquiera.

Matilde, presintió que su estrella comenzaba á eclipsarse, brillando sobre el horizonte la de Sotopardo; y aferróse mas que nunca á Alfonso, con cuya ciega pasión creyó que podía contar para siempre. Bien quisiera deshacerse de Almazan, mas no pudo, tanto por que el bueno de Mendoza amaba á aquel hombre como un hijo á su padre, considerándole como su generoso protector: cuanto por que, si algunos lazos hay en la tierra indisolubles, son seguramente los del crimen; y esos unían á Almazan y Matilde desde que en Sevilla asesinaron de consuno á la condesa de San Justo; desde aquel suceso, además, juntos y de comun acuerdo habían perpetrado mas de una infamia; y no podía la hija de Milagros, en resumen, romper con su cómplice.

Sin embargo, ya porque su destino la precipitase, ya porque le pareciera que, en su nueva y desventajosa situación, Almazan habia cesado de tener derecho á grandes miramientos, relajó Matilde la reserva primera de sus relaciones con Alfonso, y como el incauto apasionado jóven por su parte, quisiera que el universo entero le contemplase á los pies de la que idolatraba, en breve se rasgó el velo del misterio que á los ojos de todos ocultaba hasta entonces los adúlteros amores.—Siempre lo mismo: tarde ó temprano la imprudencia de los mas cautos culpables acaba por revelar su delito y atraer sobre sus cabezas el justo castigo que les imponen ó la opinión pública ó las leyes.

Así las cosas, llega Sotopardo á Madrid, y su aparición conmueve hondamente á las personas cuya vida escribimos. Almazan siente renovarse en su villana frente el sello de la ignominia; la memoria de Matilde, decimos la memoria, no osando escribir conciencia, reproduce una tras otra las sombras de sus víctimas: pálida, resignada, con la palma y la corona del mártir la de Laura; amenazadora y de amargura llena la del ofendido conde de San Justo; orgullosa aun y con sardónica sonrisa la del marqués de Motril; tinta en sangre, con el cinismo y la desesperación pintados en el rostro la de Milagros; lóbrega, ceñuda, arrastrando sus hierros, y muriendo por el suicidio, por no espirar en la infamia del suplicio, la de su padre!... Porque de todas esas muertes era, en el fondo, responsable Matilde.

Alfonso mismo, el generoso Alfonso, culpable solo de amar á la malvada que no conocía, supo con desagrado la llegada de Sotopardo; mientras que éste, por la desgracia purificado, y considerándose como encargado por la divina providencia de salvar á Tellez en espacion de sus propias culpas, pensaba solo en la manera de llevar á cabo tan noble designio.

El Destino que, cansado de perseguirle, secundaba sus miras, ó para apresurar con propiedad nuestro pensamiento, la divina providencia, aceptando la pureza de sus intenciones, dispuso las cosas de suerte que casi sin la intervencion de don Carlos, y por sus propias manos, prepararon los delinquentes su castigo.

Matilde dijo un día á Tellez: —«Alfonso mío, don Carlos el malo está en Madrid: sé que te busca, sé que no trata de provocarte, sino por el contrario de sincerarse contigo á espensas mías, valiéndose de su medio favorito, del que con tan buen éxito acaba de emplear contra nuestro buen amigo Almazan: la calumnia. Ruégote, si no quieres perderme, que no rechaces duramente á ese hombre; que le oigas con resignación. Es capaz de todo, y si Mendoza sospechase nuestras relaciones... ¿Me prometes hacer lo que te digo?»

Prometió y juró Alfonso, como hubiera jurado y prometido y cumplido además, arrojarle por un despeñadero con solo insinuársele Matilde. Así cuando, en efecto, le buscó don Carlos, hallóle ceremonioso, frío, reservado, pero en rigor cortés.

Para Alfonso tenía nuestro capitán otra relación de su vida, juntamente con la de Matilde y su familia, que es la que de pauta nos ha servido en estos artículos; mas hallando al jóven revestido de una armadura completa de recelos y desconfianzas, limitóse por entonces á esplicaciones cortesanías sobre el duelo intentado en Granada, dejando así abierta la puerta para el porvenir, sin comprometer cosa alguna en lo presente.

Sorprendió á Alfonso y sorprendió á Matilde tal conducta, mas el primero dejó pronto de pensar en ello, y la segunda, que por el contrario no cesaba de cavilar en el asunto, se dijo: «¿Será, en fin, llegado el día de que ese hombre se me rinda, ó es tanto su desprecio á mi persona que ni hacerme la guerra se digna?»

Singular raciocinio, á primera vista considerado, fué el de la hija de Milagros; y sin embargo, á poco que en él se medita, se advierte que tiene esa lógica de sentimiento, esa intuición casi profética, don peculiar de las mugeres, en virtud del cual aventajan casi siempre al hombre en prevision y sutileza cuando de pasiones se trata.

Tenía razón: dadas las posiciones relativas entre ella y Sotopardo, este no hablando de ella ni bien ni mal, cuando la ocasión no solo le brindaba, si no que casi le imponía la obligación de hacerlo, revelaba uno de dos sentimientos, á saber: ó el deseo de hacer la paz, que allí equivalía al de enamorarla; ó el mas profundo de los desprecios. Y no lo olvidemos, la transformación verificada en don Carlos por los años, las vicisitudes y las penas, ignorábala Matilde, para quien, en consecuencia, era siempre aquel el hombre que se dejaba dominar por sus afectos completamente, desdeñándose hasta de disfrazarlos.

No obstante, Matilde debiera de haber creído mas en el desprecio que en el amor de Sotopardo, porque de los antecedentes no se desprendía otra cosa; y error fué en ella, si no ceguedad providencial, persuadirse mas tarde de que era amada, si bien por entonces, suspendiendo el juicio, quedóse á ver venir, como dicen los jugadores de tresillo.

Poco duró aquella su expectante situación: la primera vez que la muger de Mendoza y el amante de Laura se hallaron en el teatro, los anteojos de él casi no tomaron otra dirección que la del palco de ella. A la salida, don Carlos estaba en la escalera, y con una espresiva ojeada, solo para Matilde perceptible, dijo mas que pudiera con largas frases. Mendoza, Almazan y Tellez que acompañaban á la infernal ninfa, casi tuvieron que defender á Sotopardo: tantas y tales fueron las infamias que ella les dijo del aborrecido don Carlos.

A la mañana siguiente don Carlos pasaba á caballo por la calle de Matilde, y ella estaba al balcón por casualidad; por la tarde en el Prado se encontraron igualmente por casualidad; y por casualidad tambien, á los quince días, en toda reunión á que Matilde concurría, era seguro hallar á don Carlos el malo.

Las miradas iban y venían; siguieron las sonrisas; luego las palabras al vuelo; en fin, la declaración en regla en un momento de inesperada libertad: últimamente, á las pocas semanas de aquel manejo obtuvo don Carlos una cita para las diez de la mañana, en cierta casa de modestísima apariencia en la calle de los Negros, cuya llave maestra le entregaron al citarle.

Mientras aquella intriga corría los ordinarios trámites de todas las de su especie, Matilde, para deslumbrar al amante á quien vendía, mostrábase con él en público mas cariñosa que nunca, manobrando vulgar sin duda, pero eficaz sin embargo generalmente hablando, y entonces particularmente con el cándido Alfonso efficacísimo. Mas si él se pagaba de las pérdidas apariencias, éstas encendían los celos rabiosos de Almazan á quien Matilde miraba y trataba como á especie de segundo marido. Desesperábase el menguado, mas como habia perdido con su empleo la fuerza moral, apenas desplegaba los labios para quejarse ó le tapaban la boca unas veces alegando la necesidad de llamar la atención de Mendoza con un falso ataque, otras barajándole la conversacion, y las mas tratándole con el desden y el menosprecio que merecía.

Y á medida que Matilde veía acercarse el momento por ella durante largos años anhelado, y á costa de tantos crímenes comprado, en que de nuevo y definitivamente fuera suyo el único hombre que en su empedernido corazón habia acertado á abrir profunda brecha, repugnábale mas y mas el cobarde Almazan; y su repugnancia, traduciéndose en amargos sarcasmos y en manifiestos desaires, encendía en el alma vil de su cómplice la llama de la venganza.

Para disponerla segura comenzó Almazan por suprimir las quejas, manifestándose tranquilo, y dejar en plena libertad á Matilde, la cual, como toda muger en situación análoga, dándose por satisfecha

con el alivio del yugo, curóse muy poco de inquirir la causa que tal beneficio le procuraba. Almazan la espiaba sin perderla de vista un solo instante, y la vispera del día para el cual estaba Solopardo citado, vióla entrar en su casa de la calle de los Negros á las diez de la mañana; á poco en pos de ella á Tellez, que bajando embozado desde la plazuela del Carmen, entraba en el mismo portal que la muger de Mendoza. A las once y media salió esta; á las doce Alfonso; cinco minutos despues estaba Almazan en conferencia con el zapatero remendon del portal, y con el sacrificio de un par de duros averiguaba mas de lo que saber quisiera. La señora y el caballero entraban una ó dos veces á la semana en aquella casa, siempre á la misma hora, y subian al piso segundo que no tenia inquilino. El y ella llevaban cada cual su llave maestra, y por consiguiente no necesitaban quien les abriese la puerta; el cerragero, ademas, habia ido á probar dos dias antes otra tercera llave maestra igualmente. No dijo ni sabia mas el zapatero: pero, en honor de la verdad, para Almazan bastaba y aun sobraba lo referido.

(Concluirá.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CASTILLO DE ORIS. (CATALUÑA.)

Entre los muchísimos desmoronados y ruinosos monumentos del feudalismo que nos quedan en la antigua Cataluña, cuna de los invencibles Ausetanos, Lacetanos y otros pueblos acérrimos defensores de la independencia nacional, es notable el castillo de Oris, y por lo mismo parecenos será bien recibida una sucinta idea de la parte arqueológica de él, de su situación y actual estado.

Este castillo se eleva en un eminente peñasco, y sobre su cumbre, en medio de los montes que cubren la parte superior en el Norte del corregimiento de Vich, en la izquierda del camino que de esta ciudad dirige á Ripoll.

Prescindiendo de la localidad que ocupa y reparando solamente su forma exterior, se asemeja á otros que se divisan en el mismo corregimiento, como el de Besora, Montesquiu, etc; mas diferénciase de ellos en que se halla un tanto mejor conservado en su interior, efecto sin duda de que no hace muchos años que los señores territoriales vivían en él; en el día corresponde al marqués de Sentmanat.

Se sube por una escalera, (que no da indicios de ser la primitiva) cuyo declive corresponde á la elevación del peñasco, y despues de muchas ondulaciones se llega á la única puerta, la cual mira hacia el occidente, registrándose desde ella la limitada plazuela del castillo.

Hasta aquí no se ve nada de particular que pueda llamar la atención de ningún observador, no siendo las ruinas de la antigua iglesia que se presenta al tomar la subida, la cual á principios de este siglo (año 1805) se trasladó á un sitio mas cómodo y menos elevado; pero entrando en la plaza se ve á la derecha la iglesia ó capilla de S. Pedro, que en la actualidad se encierra en ella el ganado de un colono que mora en aquella eminencia.

Sin embargo, consérvase todavía el retablo de aquel santo Apóstol con los principales sucesos de su vida y martirio: es antiquísimo, y si mal no me acuerdo, data de principios del siglo XV, son dignos de notarse los trages y uniformes militares que allí se ven, muy distintos de la antigua armadura romana. Por lo demas no hay otra cosa notable sino la bóveda gótica, de tal construcción que no es dable flaquee el edificio por su parte; solo los cimientos presentan algun riesgo, por estar demasiado inmediatos al borde del peñasco, que siendo calcáreo y petrificado por capas, se desmorona todos los dias.

El resto de aquella antigua fortaleza es igualmente sólido; pero el tiempo que todo lo arruina, y el abandono nos privan de dar una exacta descripción de sus tramos y salones, entre los cuales uno de menos capacidad sirve de dormitorio al inquilino. Las paredes están adornadas con los nombres de algunos soldados, que estando acuartelados en él durante la guerra de la independencia, se entretuvieron en describirlos con carbones y trazar toscas naves, etc. El artesonado del techo tiene pintados unos cuadritos de muy buena mano, siendo notables algunas figuras de pájaros, cuadrúpedos y otros animales estraños en estos países. Sobresalen unos letreros con caracteres góticos; pero como es tanta su elevación no se pueden leer, por no distinguirse perfectamente á simple vista. El resto no presenta cosa alguna de particular; habiendo cisterna y cárcel al modo que las acostumbra haber en casi todas las fortalezas antiguas. Un amante de la historia mineral tal vez hallará buenos ratos en que ocuparse; como el viagero que nos comunica estas noticias careciese de inteligencia en semejantes materias, ó quizás le faltase tiempo para ello, solo reparó muchas pechinas petrificadas en los escombros de la roca.

EN UN ALBUM.

Perdona, album de amor si la belleza
De tu seno feliz mancha mi pluma,
Y en tu cielo de gloria y de grandeza
Es mi negro borron, revuelta espuma
Que en el estanque cristalino vaga,
Ya mancilla su pompa y su riqueza.
Perdona, si que gratitud le dicta;
Y al través de sus sombras, el tesoro
De mi amistad se oculta;
Como la roca del desierto inculta,
Rica fuente de oro
Guarda tal vez en su ignorado centro.
No desdeñes mi nombre
Si en bullicioso y plácido ruido
No le escuchaste aun, nombre es oscuro:
Mas deja con mi amor que entretejido,
Como la yedra que al rosál se abraza,
Quede en las hojas de tu caliz puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

El espejo, en lo que concierne á la hermosura y al adorno, es el único juez absoluto que reconocen las mujeres, y del cual no apelan nunca mas que á él mismo.

Ciertas súplicas agradan siempre á las mujeres, aun cuando no les agraden los suplicantes.

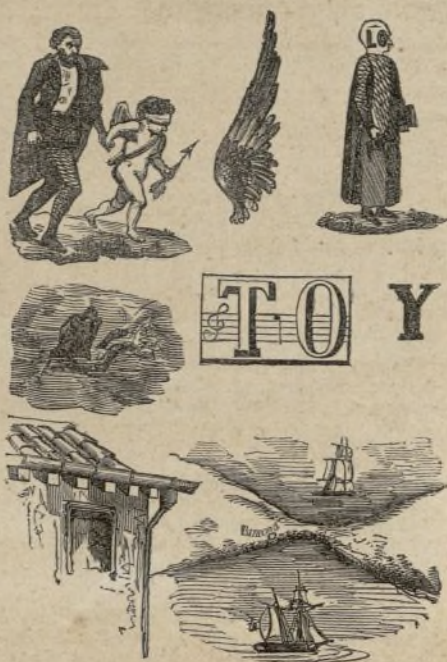
Un murmurador empieza por hablar bien de los que vá á criticar, y una mujer empieza por hablar mal de los que va á elogiar. Cada uno consigue sus fines á su manera.

Las mujeres aborrecen mas á los que las llaman feas que á los que las tachan de tener mala conducta.

Una coqueta habla de su virtud, como un cobarde de su valor: sin creer en ella.

Las mujeres son tan aficionadas á murmurar como á oír galanteos.

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra.